



Fonografías de bruma

Yenny Alexandra García Montaña

*¡Oye! Rockística hechicera
¿Por qué sembraste silencios
en mi cuerpo de marimba
y ataste voces saltarinas
de barro rojo y negro
a mis membranas eléctricas?*

1. Arrullos del desierto que camina

En las tierras del fuego, cuando las libélulas cantadoras y las mariposas volaron desde su taller hasta el Cerro de los Abechucos, Aluna, la niña indígena que pintaba sobre rocas, tuvo una premonición. Vio en sueños un objeto volador no identificado que sobrevolaba como un fantasma galáctico la laguna de Quintín y al despertar recordó las voces y relatos de los ancianos de su escuela. Algún día, los espíritus guardianes vendrían en chalupas mágicas con criaturas y cosas hechizadas que nunca existieron, ni siquiera en el inframundo. Nadie le creyó, sólo algunos niños que escalaron con

ella el Cerro pero como no vieron ni escucharon nada, se enojaron y volvieron al resguardo. Su amigo colibrí trató de advertirle que estaba en peligro, pero ella que anhelaba con todo su corazón lo imposible, escapó esa noche alumbrada por constelaciones nuevas, no quería perder la oportunidad de encontrarse con los abuelos nacidos del barro. Algunos creyeron que Aluna había hecho contacto con los espíritus guardianes, otros en cambio culparon al colibrí de su desaparición inexplicable y aseguraron que la pequeña había sido convertida en ave o en flor de cactus. En todo caso, antes de las cinco de la mañana parecía que se estuvieran cayendo los planetas en Castilla. Sobrevino un silencio aturdidor. Todos corrieron con sus hijos hasta el gran árbol Amonti y cantaron para invocar su espíritu. En un instante mágico se convirtieron en pequeñas criaturas aladas como hacían sus ancestros y fueron a vivir en el árbol casa. Como el gran árbol Amonti podía caminar, escapó cantando desierto adentro. Cuando llegaron los buscadores de oro, no había ningún tesoro a la vista y no había nadie a quien despojar. Los nativos habían ocultado sus secretos en el árbol que parecía un cono volcánico.

2. Sonoscopio (Fuga)

Canción de Branda

¡Adiós realidad impotable! Jamás viste los sonidos indómitos de estos valles y lagunas encantadas, cada vez eres más frágil y muda; cuanto más hablan de tu historia más desapareces, y la seducción que engendraste con frenéticas imágenes se derrite en esta tramoya líquida sin que puedas descifrar las fonografías mutantes de la resistencia. Por eso, el crujido desesperado de las fibras ópticas que recargaban tu tecnocracia, anuncia un espectáculo a punto de terminar sin aplausos; mientras que el alfarero de la tierra cansado de gritar a una pared de locos, derribó con su azadón milenario la enredadera muticia que nos conectaba a tu efímera ilusión, en este rodaje.

¡Adiós realidad impotable!

Fue la última frase cantada por Brenda en el lanzamiento de la banda sonora para su revista libertaria “Dulima Vive”, fabulada sin sello institucional desde que cayó la primera lluvia de ceniza en la ciudad. El sensorium colectivo estaba blindado contra cualquier ataque de los últimos rebeldes y la cultura global había triunfado. Sólo brotaban algunos virus entre los marginados o en los campus que albergaban a los artistas y a los genios considerados ciudadanos inútiles por la nueva sociedad silente, sin señales de memoria; donde sobrevivían los ocobos y los locos por su táctica de escucha profunda. Sólo ellos entraban al cono fantástico que lanzaba cenizas inconclusas. Se subsistía gracias al impulso de querer fugarse a una realidad de arcilla por medio de los pasillos noctámbulos de la música. Parece que algunos ciudadanos de la periferia despertaron

del trance por accidente, en los radiobuses del viejo transporte. Mientras dormían conectados a las redes inalámbricas, en vez de soñar en tercera dimensión, participaban en las fiestas del maíz y escuchaban los cantos idos. Al final del viaje cuántico, los pasajeros padecían insomnio y la banda sonora de aquella trama ficcional perdía todo su poder adictivo.

-¿Hay alguien al otro lado? Preguntó Karen, esperando que un cinéfilo neorrealista le brindara una postal musical o una dosis de videoclip para no ser otro ladrillo en la pared; además en los bares y en cada escenario de la antigua melópolis, se respiraba la misma amparanoia. *¿Habrá una pierna o un implante que me escuche?* Volvió a preguntar.

Se detuvo en aquella ciudad de dios a reparar su bicicleta para seguir la travesía y presintió que había caído en otra alcantarilla mediática. Levantó su carpa en las terrazas del Che y escuchó una banda sonora que hechizó su rockística.

3. Paisaje sonoro (Fuga II)

En lo más profundo de su alma sin guardia, Amelié siente vértigo, está a bordo de la nave de sus sueños, disfruta el paisaje espléndido, contagiada de su encanto sublime. En la fuga inexplicable, la tripulante descubre semillas de agua, flotantes.

En los días fecundos de lunas anaranjadas, la voz rebelde del astrolabio radiofónico despertada desde una legendaria tienda comunitaria a los habitantes de la vereda La Esmeralda. Llegada la hora del cuento, echa a andar la palabra viva de los abuelos y ruedan los secretos del barro colorado. Entre neblina, cafetales,

caminos reales y cantos de toches, sus conjuros literarios causan un prodigioso efecto mariposa al otro lado del río. Y Cuentan que muy cerca del Cutucumay, los niños que van a leer poesías pintadas en el taller de las mariposas, protegen una herencia volcánica e insobornable. Sus juegos de argonautas evocan la alegría de los valles encantados. Por eso, cuando su telar de sueños estelares dibuja luciérnagas en los patios de las escuelas y en todo el cañón, se escuchan los pasos de la diosa de las nieves en Anaimé...

4. Señales memoria

Antes del ritual, en su penúltimo sueño, Dulima escuchó un arrullo de toches en medio del convite que interrumpió el viajero de Gabriac, y también escuchó un son de cañas con alfanfoques, susurrando que sólo la sombra del árbol Amonti y la chicha de maíz, curarían los tiempos marchitados. La diosa de las nieves degustó el perfume de los frailejones gigantes y caminó por el vaporoso oído del nevado, siempre abierto para alojar el silbido solitario del páramo y las burbujas de misteriosos nacimientos de agua.

La noche bordó con sus telares varias escenas en sus mantas sagradas para ser leídas o cantadas en una banda sonora del futuro. En los cerros Abechucos, los abuelos, la niña colibrí y los cactus, se convirtieron en fieros guerreros de una historia sin fin. Aguas arriba, en el valle del Placer, los dulimas navegaron con la rapidez de la luz, hasta fundirse en una constelación que alumbró la fuga de las síncopas



rebeldes. Y como en ambos territorios, anidaba un eco-río, un olor a azufre submarino que los aislaba de las máquinas escriturarias; las velocidades digitales nunca alcanzaron a digitar sus ocarinas, ni el alma de los cantos idos.

En cambio, Dulima invocó la unión melodiosa de sus pueblos tallados en barro rojo y negro. Luego, emergió en medio de las calles de una ciudad futura sin señales de memoria, un cono volcánico retumbante en cuyo interior fueron halladas canciones en lenguas olvidadas, grabadas en piedras, semillas nativas, vasijas y totumas noctámbulas. Antes de volver a su profundo sueño, una vez liberadas las cenizas libertarias, pensó la diosa: si hay cantos en estos termales del querido cañón y si las cañas no se callan, las huellas chamánicas del espacio y del tiempo estarán a salvo y también la Rockústica hechicera.